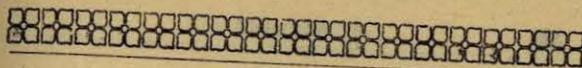


los, ante los dos criados, que tuvieron que llamarle para entregarle su bastón y su abrigo, y siguió por el jardín. El impulso que le había precipitado hacia su antigua querida, ahora querida de su amigo, se convirtió en aquel instante en un acceso tal de remordimientos, estaba tan conmovido por los besos dados sobre aquel rostro tan dolorosamente deseado desde algunos días, por la sensación de aquellos labios que huían los suyos, por el contacto de aquel cuerpo adorado que se rebelaba, con horror, contra la presión de sus brazos, que sentía que su razón se escapaba. De repente, y al transponer la verja de la quinta, vió á alguien que le esperaba dentro de un coche parado. El espanto que experimentó fué el mismo que si hubiera visto ante sí el fantasma de una persona á la que creyera muerta. Era el vengador que Ely había llamado en su auxilio, Hautefeuille, que le dijo sencillamente:

—¡Olivier!

Y en el sonido de su voz, en su palidez, en sus ojos, donde se leía un espantoso dolor, Olivier comprendió que su amigo *lo sabía todo*.



X

UN JURAMENTO

En los sucesos más extraordinarios no hay nada que no sea sencillo, como no hay nada que no sea muy lógico en los azares más inesperados. Con un poco de reflexión nos bastaría frecuentemente para impedir los unos y prever los otros. Pero la propiedad principal de la pasión es la de absorberse por completo en su objeto. Olvida que fuera de ella existen otras pasiones también fogosas y desencadenadas, y que será preciso el choque de unas con otras. Es á manera del tren que marcha á todo vapor, y al que ninguna señal anuncia que otro tren viene por la misma línea, y con igual fuerza, en sentido contrario. Envuelto, arrastrado durante aquella fatal semana por el torbellino de su dolor, Olivier no se había cuidado de que cerca de él existía un sér que también sufría. La idea fija tiene ese egoísmo y esa imprevisión: el joven no había observado el trabajo mental que en su mujer se efectuaba, ni adivinado la natural posibilidad de que, exasperada por la sospecha, Berta se dirigiese al confidente de su marido, al propio Pedro, en demanda de ayuda. Y Berta lo ha-

bía hecho, y aquella conversación tuvo este resultado inmediato, fácil de prever también: los celos de la joven habían roto de repente la venda que cubría los ojos de su amigo. En un instante Pedro lo supo todo.

Aquella tragedia había sido provocada por una última y loca imprudencia de Olivier. La víspera de su entrevista con la señora de Carlsberg había dado señales de una agitación más extraordinaria aún que la de costumbre, y ninguno de estos signos escapó á su mujer. Casi toda la noche la pasó dando vueltas en su cuarto, sentándose de media en media hora para intentar escribir la carta que remitiría por la mañana á Ely. Berta, despierta y aguzado el oído, acechaba al través del débil tabique de la fonda, cómo se sentaba, se levantaba, volvía á sentarse, escribía, desgarraba el papel, escribía otro, le rompía también, y se dijo: «¡La escribe!» ¡Ah! ¡Qué impulsos sintió de levantarse á su vez, de abrir aquella puerta, de penetrar en el otro cuarto y saber si la constante ansiedad experimentada en el transcurso de aquellos ocho días no la engañaba, si realmente Olivier había encontrado á su querida de Roma, si dicha mujer era la causa de la visible crisis que él atravesaba; en fin, si aquella querida era esta baronesa Ely que había esperado encontrar en alguno de los salones de Cannes. Pero sin que ella supiera cómo, su marido se había ingeniado para que todos los días fuesen de excursión, y no habían hecho visita alguna ni comido una sola vez en casa de las personas á quienes conocían. Era Berta demasiado astuta para no comprender que Olivier no quería ni frecuentar la sociedad de Cannes

ni abandonar la ciudad. ¿Por qué? Un solo dato hubiera permitido á Berta resolver el enigma; pero este dato le faltaba. Mas su instinto de esposa le advertía que el enigma existía. A fuerza de reflexionar y observar, había llegado á esta conclusión: «Esa mujer está aquí. El siente algo por ella: por eso permanecemos aquí, y la tiene miedo: por esto me impide que frecuente la sociedad.»

¡Cuántas veces, durante la semana, había sentido la tentación de gritarle que aquella situación la humillaba mucho, que escogiese entre vivir para su mujer ó para su antigua querida, que ella quería partir, regresar á París, á su casa, entre los suyos! Y después, Hautefeuille estaba allí siempre, aquel Hautefeuille que seguramente sabía la verdad. Berta le odiaba más á medida que su ignorancia aumentaba su sufrimiento. Y si se encontraba á solas con Olivier, una timidez invencible la paralizaba, una vergüenza y un temor de confesar cómo había descubierto el nombre de la baronesa Ely, aquella fotografía sorprendida como por el más innoble de los espionajes. Temía que en aquella peligrosa explicación se pronunciara una frase irreparable. Lo desconocido del carácter de su marido la espantaba. Había oído referir la historia de matrimonios rotos desde el primer año. ¡Si en un acceso de cólera contra ella la abandonase Olivier y volviera á su antigua querida!... A esta idea la pobre joven sentía frío en el corazón. ¡Amaba á Olivier! Y hasta sin amor, ¿cómo aceptar ella, tan razonable, tan honrada, la idea de su matrimonio hundido en el escándalo de una separación? Aun aquella noche, oyendo las idas y venidas de su

marido, había callado, ¡aun sintiéndose tan abandonada, tan celosa! A cada nuevo ruido de pasos en la vecina estancia, Berta rezaba, pidiendo fuerzas para resistir á la tentación. Diez veces había procurado recitar la consoladora oración «Padre nuestro», y al llegar á la frase «como nosotros perdonamos á nuestros deudores», se había rebelado.

—¡Perdonar á esa mujer!..., ¡jamás..., jamás!... Yo no podría.

Un detalle casi insignificante—pero en tales crisis, ¿hay detalles insignificantes?—acabó de sobreexcitar sus nervios. A las nueve de la mañana su marido entró en su cuarto, vestido para salir. En la mano, entre sus guantes y su sombrero, tenía una carta. No pudo Berta leer lo escrito en el sobre, pero notó que no estaba franqueado, y dijo á su esposo, con el corazón conmovido por la espera de la respuesta que él daría á la sencilla pregunta:

—¿Buscas un sello? Tengo en mi cartera, sobre la mesa.

—Es inútil—dijo Olivier—. Es una carta para la ciudad. Yo mismo la llevaré.

Y salió, añadiendo que volvería á la hora del almuerzo, sin sospechar que, apenas quedó sola su mujer, rompió en sollozos. Ahora tenía la seguridad de que la carta era para la baronesa Ely. Se había dicho: «¡Olivier va allí!», y el doloroso furor de la pasión impotente se había desencadenado en su alma. Después, como todas las mujeres celosas, había sentido ese irresistible y salvaje instinto de información material que no apacigua ni resuelve nada—porque al encontrar una prueba de que nuestra sospecha es

cierta, ¿se sufre menos el tormento de los celos que la sospecha ha inspirado?—Fué al cuarto de su marido, y registró el cesto para los papeles inservibles, viendo en él, arrojados por la mano febril del joven, los restos de veinte plieguecillos, las cartas que la noche antes ella le había oído rasgar. Los cogió con las manos temblorosas, las mejillas ardientes, la garganta apretada por lo que osaba hacer, y los juntó, reconstituyendo así unos veinte comienzos de cartas, indiferentes para quien no tuviera la adivinación del amor herido, pero que para ella tenían un sentido terriblemente preciso. Todas estaban dirigidas á una mujer. Allí podía ver Berta la incoherencia del pensamiento de Olivier, á veces ceremonioso, como lo probaba esta frase: «Señora, permita usted á uno que aún no ha tenido el honor de verla...»; irónico otras, por ejemplo: «No se asombrará usted que no quiera abandonar á Cannes...»; ya familiar: «Me acuso, querida señora, de no haber ido aún á su casa.» ¡Cuánto había vacilado la pluma del joven para pedir aquella cosa tan sencilla: el permiso de visitar á Ely! La vacilación era ya una certísima prueba del misterio, y uno de los fragmentos unidos, como se ha dicho, revelaba la naturaleza de este misterio: «Hay venganzas infames, querida Ely, y la que usted ha imaginado...» Olivier había escrito esta frase en el momento más amargo de su insomnio. Su dolor se había aliviado con la insolencia de aquel «querida Ely», aquel llamamiento ultrajante á su intimidad. Después había rasgado el papel con rabia. Berta no veía más que aquella frase. Sus presentimientos no la habían engañado: aquella baronesa Ely de Carlsberg, de la que

Corancey había hablado á Olivier en el tren, era la antigua querida de su marido. Si él había querido volver á Cannes, era porque sabía que ella estaba allí y para verla. Si estaba como un loco desde hacía una semana, era por causa de ella. Para ella era la carta que momentos antes tenía en la mano. A su casa iba. Ante aquella indiscutible y aterradora certeza, la joven experimentó un estremecimiento terrible, que aumentó á medida que se acercaba la hora del almuerzo. En vano se dijo: «Debo tener calma para esta explicación», pues se había resuelto á hablar aquella vez y á no aceptar por más tiempo una situación intolerable. ¿Qué no sentiría al recibir al mediodía una carta de Olivier, escrita con lápiz, ¡con la misma letra que las otras! en la que la decía que un amigo, á quien había encontrado, le esperaba para almorzar, y que la suplicaba no la esperase?

—¡Le detiene! ¡Está en su casa!

Al formular este pensamiento, con el horrible dolor de la evidencia que atraviesa el alma como un cuchillo, comprendió que físicamente no podía soportar aquello. Como un autómatas cogió su sombrero, su velo, sus guantes. Vestida ya, y en disposición de salir, un último resto de razón la mostró la extravagancia del proyecto que acababa de concebir: ir ella misma á casa de su rival, sorprender á Olivier y concluirlo todo. ¡Concluirlo! Vióse en el espejo, temblorosa, conmovida. Comprendió que dar aquel paso en tal estado era una insensatez. Pero, ¿y si fuera otro el que le diera? Otro podía ir á decirle á Olivier: «Tu mujer lo sabe todo; sufre mucho. Vuelve.» La imagen del que creía confidente de su marido presentóse á

la mente de la desdichada, que un momento después, con la misma fiebre automática, llamaba á su doncella.

—Suplique usted al señor Hautefeuille que suba si está en su habitación—la dijo, ¡ella, que no había tenido en su vida una conversaci6n á solas con hombre alguno!

Pero en aquel momento, para nada se ocupaba de las conveniencias sociales.

Era tal su agitaci6n, que al volver la sirvienta y decirle que el señor Hautefeuille iba á subir, la fué preciso sentarse. Sus piernas se negaban á sostenerla. Cuando Pedro entró en el cuarto cinco minutos después, Berta no le dió tiempo para que la dirigiese pregunta alguna: precipitóse á él como una bestia sobre su presa, y cogiéndole del brazo con mano convulsiva, le dijo con la incoherencia de una insensata que ve su idea y no ve al que habla:

—¡Ah!... ¡Usted ha adivinado que yo sospechaba algo!... ¡Es preciso que vaya usted á decirle que lo sé todo!... ¿Entiende usted?... todo...; y que le traiga... Vaya usted... Vaya usted... ¡Si no vuelve, me volveré loca! Señor Hautefeuille, usted tiene honor, tiene corazon, usted debe encontrar mal que á los seis meses de matrimonio haya ido donde ha ido... Se lo suplico... Vaya usted á decirle que vuelva; que le perdono, que no le hablaré nada de lo sucedido... No sé demostrarle que le amo... ¡pero le amo, se lo juro á usted!... ¡Ah!... ¡Pierdo la cabeza!

—Pero, señora—respondió Pedro—, ¿qué sucede? ¿Dónde voy á ir á buscar á Olivier?... ¿Qué sabe us-

ted? ¿Qué le ha ocultado á usted? ¿Dónde ha ido? Le aseguro á usted que no comprendo.

—¡Ah!... ¡Usted miente aún!—respondió Berta con más violencia—. Pero ¿no ha oído usted que lo sé todo? ¿Le hacen á usted falta pruebas? ¿Quiere usted que le diga de quién han hablado ustedes en su primera conversación, el primer día, cuando me dejaron sola en la fonda? ¿De quién han hablado ustedes siempre que yo no estaba presente? De esa mujer, que ha sido su querida en Roma, y en la que no ha cesado de pensar. ¡Llevaba su retrato en nuestro viaje de novios! ¡Yo lo he visto! ¡Le digo á usted que lo he visto! Por él he sabido su nombre; estaba escrito debajo de la fotografía: Ely. ¿Está usted convencido ahora? ¿Es que usted se figura que no he reparado en la turbación de ustedes dos cuando se ha nombrado á esta mujer delante de mí el día en que fuimos á Monte-Carlo? ¿Ha pensado usted que yo no advertía, que no sospechaba nada? Pues sé que está aquí; le diré á usted el nombre de su quinta: la quinta de Helmholtz. Sé que Olivier ha venido á Cannes nada más que por volverla á ver... Y ahora está con ella... Tengo la seguridad de que está en su casa... No lo niegue usted... Tengo los restos de las cartas que la ha escrito esta noche para pedirla una cita...

Y con sus pobres manos, que apenas podían sostener las hojas de papel dichas, mostraba á Pedro aquellos comienzos de cartas, entre las que se encontraba la línea irrefutable, y que, para él, tenía una significación bien distinta de la que Berta imaginaba. Temblaba el joven de tal modo, y expresaba su rostro tan hondísima angustia, que Berta vió en su turba-

ción la confesión de su complicidad. Aquella nueva prueba después de tantas otras, fué tan dura para la infeliz, que sintióse acometida de una crisis nerviosa. Hizo á Pedro señales para indicarle que se ahogaba; oprimióse el corazón con ambas manos, diciendo: «¡Dios mío!», con voz opaca, y cayó al suelo, con los ojos torcidos y un poco de espuma en la boca, como si fuera á morir. El espanto de su angustia, la necesidad de remediar el caso, de llamar á la doncella, de enviar en busca del médico y esperar su diagnóstico, salvaron al joven, haciéndole pasar por lo menos esos primeros momentos de horrible dolor, tras los que se sobrevive á todas las revelaciones, por espantosas que sean.

No tuvo la conciencia de la realidad de su propia desdicha hasta después de asegurarse del estado de la joven y de la partida del médico. Había éste recetado antiespasmódicos, prometiendo volver por la tarde. No pareció inquieto por la dolencia de la joven, pero creía que la indisposición era bastante seria para exigir la presencia del marido. Hautefeuille había dicho: «Voy en busca del señor Du Prat», y se dirigió hacia la quinta Helmholtz. Mientras el carruaje rodaba por aquel camino que tanto conocía, sintió el primer acceso de verdadera desesperación. La noticia que acababa de recibir era tan asombrosa é inesperada, tan desconcertante y dolorosa á la vez, que le parecía ser víctima de un mal sueño. Pensaba á veces que iba á escapar á aquella pesadilla, encontrándose el mismo que por la mañana era; pero súbitamente recordaba las frases pronunciadas por Berta; veía el comienzo de la carta escrita con la letra que

él conocía tanto desde hacía veinte años: «*Hay venganzas infames, querida Ely, y la que usted ha imaginado...*» A la claridad de esta terrible frase, la extraña actitud de Olivier desde su llegada á Cannes, explicábase con una evidencia terrible; y entonces, los signos á que Pedro no había prestado atención, las miradas y silencios de su amigo, las medio confianzas y las alusiones, resucitaban en su memoria, produciendo la invasión de la certeza. Era la subida á su cerebro de un vapor de disgusto tan fuerte, tan intenso, que le emborrachaba como un alcohol envenenado. En cierto instante, cuando su coche iba por la parte de Urie, se encontró con Ivona de Chesy, á la que no conoció; ella le habló sin que él la oyera. Hizo la joven seña al cochero para que se detuviese, y siempre sonriente, á pesar de su desastre, dijo al desdichado:

—Quería preguntarle á usted si ha encontrado á mi marido, que debía venir en busca mía. Pero estoy segura de que, aunque por el camino hubiera pasado un rebaño de elefantes, no le habría usted visto. ¿Va usted á casa de Ely? Allí encontrará usted á Du Prat... Al fin se ha dignado reconocermé.

Aunque Hautefeuille no tuviese la menor duda sobre la presencia de Olivier en casa de la señora de Carlsberg, aquel nuevo testimonio que la casualidad le presentaba acabó de oprimirle el corazón. Momentos después veía el tejado y las terrazas de la quinta; el jardín, en seguida. La vista del soto, atravesado la noche anterior con tanta confianza, tanto deseo y tanto amor, acabó de confundir su razón. Sintióse en un estado de casi demencia, y comprendió

que le sería imposible ver juntos á su amigo y á su querida sin morir de dolor. He ahí por qué Olivier le había encontrado esperando su salida en una vuelta del camino, espantosamente pálido, con las facciones descompuestas y los ojos de loco. Era tan trágica la situación de los dos amigos, la conversación había de ser tan dolorosa, que ambos comprendieron que no podían, que no debían explicarse allí. Subió Olivier al coche y tomó asiento en el lugar vacío. Al contacto del cuerpo de su amigo experimentó Pedro un estremecimiento, que reprimió en seguida. Dijo al cochero:

—Al hotel, y de prisa.

Después, dirigiéndose á Du Prat, añadió:

—He venido á buscarte porque tu mujer se encuentra bastante mal.

—¿Berta?—exclamó Olivier—. ¡Pero si cuando la he dejado parecía tan alegre, tan buena...!

—Ella es la que me ha dicho dónde estabas—continuó Hautefeuille sin responder directamente—. Ha encontrado por casualidad entre tus papeles un retrato fechado en Roma y firmado con un nombre... un nombre muy raro. Ha oído á alguien pronunciar aquí este nombre. Ha adivinado que la persona que le lleva, y que vive en Cannes, era la del retrato de Roma. Ha sorprendido restos de cartas rotas en las que se encontraba ese mismo nombre y en las que tú solicitabas una entrevista con dicha persona... En fin, lo sabe todo...

—¿Y tú también?—preguntó Olivier después de un instante de silencio.

—Y yo también—respondió Pedro.

No hablaron más los dos amigos durante los quince minutos que tardó el coche en llegar al Hotel de las Palmas. ¿Qué podían decirse en aquel momento que aumentara ó disminuyera la mortal angustia que les apretaba la garganta? Así que se apeó del coche, Olivier subió al cuarto de su mujer sin preguntar á Pedro y sin que éste le preguntara cuándo se volverían á ver. De estos silencios los hay á la cabecera del muerto cuando el alma está como helada por la primera impresión de lo irreparable, como ahogada por el *¡nunca...!* La crisis de espera y de expansión que sigue á semejantes sacudidas comenzó para Du Prat en el umbral del cuarto de Berta. Impresionóse el olor á éter que percibió al entrar. Vió destacándose sobre la almohada, y mirándole con ojos llenos de lágrimas, el pálido rostro de aquella niña, que había tenido fe en él, que le había dado su vida, la flor de su juventud, todas sus esperanzas. Preciso era que él hubiera sido muy duro con la pobre criatura para que, amándole ésta tanto, no se hubiera ella atrevido á demostrárselo. Tampoco encontró Olivier palabra alguna que decir allí. Sentóse junto al lecho, y permaneció largo tiempo contemplando á la enferma. La sensación del abismo en que los cuatro se encontraban, Pedro, Berta, Ely y él mismo, le oprimía el corazón. Berta le amaba, y él no correspondía á este amor. Pedro amaba á Ely y era amado por ella; pero este cariño acababa de ser envenenado por la más terrible de las revelaciones. En cuanto á él, encontrábase enamorado apasionadamente de una antigua querida, ultrajada, abandonada, y que ahora entregaba su corazón á su mejor amigo. Como un hom-

bre caído de un barco en plena mar nada ansiosamente, viendo en torno crecer las negras olas que le van á devorar, Olivier sentía subir por doquiera aquella fuerza irresistible del amor que tanto deseó conocer, y que le arrastraba, le espantaba ahora. Allí, junto á aquel lecho y oyendo la entrecortada respiración de Berta, sintióse acometido durante algunos momentos por ese vértigo intelectual y sentimental que da á las almas menos filosóficas, en momentos supremos, la visión de las fuerzas fatales de la naturaleza, obreros implacables de nuestro destino. Y después, como el nadador que antes de hundirse en el Océano hace un último y desesperado esfuerzo, Olivier quiso hablar á Berta y endulzar aquel dolor en lo que esto era posible.

—Ya ves—la dijo—, en seguida que he sabido que estabas mala he venido. Cuando estés bien te explicaré todo lo que ha pasado, y comprenderás que las cosas no son del todo como tú las sospechas. ¡Ah! ¡Cuántos disgustos te hubieras evitado de haberme abierto tu corazón estos días!

—No te acuso—respondió la joven—, y no te pido que me expliques nada. Te amo, y tú á mí no. Esto es lo que sé. No es culpa tuya, y nada puede evitar el caso... Eres bueno...; te lo agradezco... ¡Estoy tan mal!... Desearía descansar un poco.

—¡Este es el principio del fin!—se dijo Olivier, después de pasar al salón para obedecer el deseo expresado por su mujer—. ¿Qué va á ser nuestra vida ahora?... Si no consigo curar su alma vendrá la separación en breve, y con ella para mí la vida incomple-

ta... ¡Curar su alma estando tan enferma la mía! ¡Pobre niña! ¿Dónde la he llevado?...

Al través de todas las complicaciones de su sensibilidad, había Olivier conservado una conciencia de hombre honrado, demasiado lúcida para que la respuesta á aquella pregunta no le produjera remordimientos. Pero ¿quién por experiencia no lo sabe? Ni el remordimiento, ni la caridad, esas dos altas virtudes del alma humana, han prevalecido nunca en un sér que ama contra el frenesí dominador de la pasión: el pensamiento de Olivier abandonó pronto á Berta para dirigirse á otra parte. La fiebre de los besos que había dado á Ely, á aquel rostro tembloroso y convulso, le abrasó de nuevo las venas. Al mismo tiempo la imagen de su amigo —del amante al que aquella mujer pertenecía ahora— resucitó ante su espíritu, y las dos heridas anteriores sangraron de tan violento modo, que olvidó todo lo que no era Ely y Pedro. Apoderóse de su alma un dolor más grande que los sufridos hasta entonces. ¿Qué hacía, qué pensaba el amigo, el hermano? ¿Qué restaba de su amistad en aquel instante, y qué restaría al siguiente día? Ante la perspectiva de un rompimiento con Hautefeuille, Olivier comprendió que aquello sería para él el no más allá de la desventura, el supremo golpe que no podría soportar. Su pasión desesperada por Ely era una terrible prueba, pero la sufriría. Mas perder aquella amistad sagrada, aquella fraternidad única, en la que siempre encontró un apoyo, un refugio, un consuelo, una razón para estimarse y creer en el bien, era el último desgarramiento, después del cual nada había realmente que le ligara á la vida, ninguna

persona para quien existir: era la entrada en la fría, en la negra, en la absoluta soledad. Todo el porvenir de aquella amistad *se jugaba* en aquel momento, y él permanecía inmóvil, inactivo, dejando pasar el tiempo. Hacía un instante, en el carruaje que les trajo á la fonda, no había podido decir á Pedro una sola palabra; ahora le era preciso hablar, defender aquel sentimiento tan caro, tomar parte en el combate que se libraba en el corazón de su amigo. ¿Cómo le recibiría éste? ¿Qué se dirían? Olivier no se lo preguntó. El instinto que le hizo salir de su habitación para bajar á la de Hautefeuille era tan inconsciente, tan irrazonado como lo fué el llamamiento de Berta á aquel mismo hombre, llamamiento que lo había perdido todo. ¿Sería menos funesto el paso de Olivier?

Cuando traspuso la puerta del cuarto, vió á Pedro sentado ante su mesa y con la cabeza entre las manos. Un plieguecillo de papel en blanco que delante tenía, probaba que intentó, así que regresó, escribir una carta, sin poderlo conseguir. La pluma estaba caída sobre el papel. Por la ventana, como fondo á aquella estatua viva de la desesperación, veíase un cielo espléndido con matices dulces, en el que el azul comenzaba á tornarse de color de malva. Las mimosas llenaban los floreros, perfumando la estancia donde el joven había gustado durante el apacible invierno tan románticas horas de sueño, donde vaciaba ahora la copa de la amargura que la eterna Dalila vierte sobre sus víctimas más puras.

Durante aquella trágica tarde, Olivier había experimentado sensaciones poderosísimas; ninguna lo fué tanto como la que le produjo el espectáculo de aque-

silencioso é incurable dolor. Sus propias penas fundiéronse en una ternura inmensa por el compañero de su infancia y de su juventud, que agonizaba en su presencia. Púsole una mano sobre el hombro dulcemente, como si adivinase que el contacto de su carne rebelaría á su amigo produciéndole aversión, horror casi, y le dijo:

—Soy yo, Pedro..., Olivier. Debes sentir que no podemos llevar en el corazón este peso que nos abruma por igual. Eres desdichado; yo también. Lo seremos menos si lo somos juntos, prestándonos nuestro apoyo. Te debo una explicación. A dártela vengo. Debes escucharme y responderme. Entre nosotros no existe el secreto. La señora de Carlsberg me lo ha contado todo.

No pareció Pedro oír las primeras palabras de su amigo. Al escuchar el nombre de su querida, levantó bruscamente la cabeza. Sus facciones, horriblemente contraídas, revelaban esa amargura de la pena que no ha podido llorar. Respondió con voz breve, en la que palpaba su interior rebelión:

—¿Una explicación entre nosotros? ¿Cuál? ¿Para saber tú el qué...? ¿Para decirme qué...? ¿Que el año pasado has sido el amante de esa mujer, y que este año lo soy yo?

Después, como si la brutalidad de sus propias palabras le exasperase, añadió:

—Si es para decirme de ella lo que me has dicho cuando yo no sabía de quién me hablabas, es inútil; nada he olvidado, ni la historia del primer amante; ni la del otro, á causa del cual tú la abandonaste. Es un monstruo de mentira y de hipocresía. Lo sé. Tú

me lo has demostrado. No insistas. Esto me causaría mucho daño, y es inútil. Desde hoy ha muerto para mí... No la conozco...

—Eres muy duro con ella—respondió Olivier—, y tú, tú no tienes ese derecho.

El cinismo de los insultos lanzados por Pedro contra Ely le era intolerable.

¿En un amante que ultrajaba así á una querida idolatrada aún la víspera, significaban aquéllos tanto dolor! Además, llevaba aún en el oído el acento verdadero, apasionado, de aquella mujer hablando de su amor. Una invencible magnanimidad le impulsó á dar testimonio de ello, y repitió:

—No..., no tienes ese derecho. No; ella no ha sido contigo nunca mentirosa ni hipócrita. Te ama; te ama profunda, apasionadamente. Sé justo... ¿Podía ella decirte lo que ahora sabes? Si te ha mentado, ha sido por conservarte, porque tú eras el primero, el único amor de su vida!

—Eso no es verdad —interrumpió Hautefeuille con amargura—. No hay amor sin una sinceridad completa. Yo la hubiera perdonado ese pasado si lo supiera por ella. Además, recuerdo que un día hemos hablado de ti..., y desde él, todos. La oigo aún pronunciar tu nombre. No la he ocultado lo mucho que te quería... Ella sabe por ti también cuánto me querías tú. Después de esto, era tan sencillo no atraerme... ¡Hay tantos hombres á quienes no hubiera importado ese pasado! Pero no. ¡Lo que ella pretendía era una venganza, una innoble venganza! ¡Tú la habías abandonado, te habías casado! Me cogió como un asesino coge un cuchillo para clavártele en el co-